

Soneto LXII

Ay de mí, ay de nosotros, bienamada, sólo quisimos sólo amor, amarnos, y entre tantos dolores se dispuso sólo nosotros dos ser malheridos. Quisimos el tú y yo para nosotros, el tú del beso, el yo del pan secreto, y así era todo, eternamente simple, hasta que el odio entró por la ventana. Odian los que no amaron nuestro amor, ni ningún otro amor, desventurados como las sillas de un salón perdido, hasta que se enredaron en ceniza y el rostro amenazante que tuvieron se apagó en el crepúsculo apagado.